

NOTAS HACIA UNA EDUCACIÓN PARA LA FELICIDAD

NOTES TOWARDS AN EDUCATION FOR HAPPINESS

Raúl Vázquez Espinosa
raulvazquez1981@yahoo.com
Universidad Teológica de Chiapas
<https://orcid.org/0000-0002-7259-1765>

Resumen

De entre todas las finalidades de la educación, una de las más obvias ha sido la consumación de la felicidad por medio de la formación escolar. Sin embargo, este proceso muchas veces conlleva una serie de prejuicios de carácter gerencial, ya que se identifica a la felicidad con aspectos de orden material. El objetivo de este artículo es proponer ciertas notas sobre esta misma felicidad, pero enmarcada con el concepto aristotélico de *bien*. Esto llevaría a entender a la felicidad asociándola con el ser; en sí mismo su carácter sería vincular a la educación hacia una formación en tanto posibilidad de ser, obrar como un acto intencionado. Esta propuesta nace como contribución al contexto social actual, mismo que se denomina en este artículo como actualidad “medusaria”, misma que integra varias regiones que, convencionalmente, se atribuyen a la modernidad capitalista.

Palabras clave

Felicidad; educación; ser; acto intencionado; actualidad *medusaria*.

Abstract

Of all the purposes of education, one of the most obvious has been the consummation of happiness through school training. However, this process often involves a series of managerial prejudices, since happiness is identified with material aspects. The objective of this article is to propose certain notes on this same happiness, but understood with the Aristotelian concept of good. This would lead to understand happiness associating it with being; in itself its character would be to link education to training as a possibility of being, acting as an intentional act. This approach was born as a contribution to the current social context, which is called in this article as a “medusa” actuality, which integrates several regions that, conventionally, are attributed to capitalist modernity.

Keywords

Happiness; education; being; intentional act; medusa actuality.



Introducción

Una de las preocupaciones tradicionales, en cuanto finalidades de la educación, ha sido el tema de la felicidad. Sea entendida como un acto revolucionario en medio de la competitiva dinámica escolar actual o como un resabio escolástico, la felicidad atraviesa a manera de columna vertebral las metas mismas de la formación humana. Basta recordar las palabras de la expresidenta surcoreana Park Geun-hye (citada por Grauer, 2014): “Voy a marcar el inicio de una nueva era de esperanza, en la que la felicidad de cada ciudadano se convierta en la piedra angular de la fortaleza de nuestra nación”.¹ Estas palabras las dijo en función de su sistema educativo que tiene un nivel competitivo altísimo. La felicidad es una meta para este siglo. Sin embargo, es una meta de apariencia operacional y por tanto se enfoca en función del confort alcanzable. En sí misma, la felicidad se basa en la consolidación del poder adquisitivo (Cfr. Grauer, 2014). Sin hacer un repaso extenso de los conceptos relacionados con la felicidad, se puede hacer hincapié en el rasgo material y económico con que, en la actualidad, se pretende englobar a la felicidad. El trabajo que se presenta propone recuperar la definición clásica de felicidad como posibilidad de bien, en este sentido, como posibilidad de ser. Este concepto de felicidad toma de Aristóteles su núcleo, para fortalecerlo e interpretarlo a la luz del presente. Esta recuperación puede interpretarse como anacrónica; sin embargo, se considera que los elementos de la formalización aristotélica establecida como bien/ser, tiene un carácter necesario, en cuanto que es la *posibilidad de ser* la expresión directamente limitada desde la actualidad misma.

En las secciones venideras, se abordará concretamente esta definición clásica, pero al mismo tiempo, se colocará en el contexto de la dinámica de la actualidad, atravesada por los factores convencionalmente enmarcados en la modernidad occidental. La propuesta pretende ser una pequeña contribución a la búsqueda de referencia en cuanto lo que está en juego cuando hablamos de felicidad. Por ello, la delimitación de “notas”, porque no son el resultado de una

¹ “I will usher in a new era of hope, whereby the happiness of each citizen becomes the bedrock of our nation's strength”.

investigación de campo, tampoco de un proceso de investigación longitudinal. Este artículo es una propuesta teórica, afincada en una dinámica tentativa, preliminar, que permita orientar futuras investigaciones, para ofrecer rutas de interpretación conceptual, alternativas ante la unívoca expresión de una cultura actual que focaliza la felicidad hacia un aspecto material de la existencia, y no como la existencia misma con toda su intencionalidad.

Asimismo, en el segmento metodológico, este documento nace de una cierta hermenéutica conceptual, a la manera en que Dilthey (1978, pág. 337) entiende a la interpretación: “la comprensión técnica de manifestaciones de la vida fijada por escrito”. Los conceptos de los que se parten, entonces, son la elaboración técnica de una voluntad por comprender aquellos elementos significativos que rondan en torno a la experiencia vivencial que se designa como felicidad. Dicha experiencia fijada primordialmente en los documentos de Aristóteles,² pero fortalecida a la luz de la actualidad. Sea, pues, este trabajo, un intento de fundamentar conceptualmente a la felicidad como propuesta para una actualidad que se presenta cada vez más incierta.

La escuela del presente

Al principio del libro *Sobre el porvenir de nuestras escuelas*, Nietzsche (2000, págs. 52-53) escribe lo siguiente:

Por diversas razones, la cultura debe extenderse al círculo más amplio posible: eso es lo que exige la primera tendencia. En cambio, la segunda exige a la propia cultura que abandone sus pretensiones más altas, más nobles y más sublimes, y se ponga al servicio de otra forma de vida cualquiera, por ejemplo, del Estado. Creo haber notado de donde proviene con mayor claridad la exhortación a extender y a difundir lo más posible la cultura. Esa extensión va contenida en los dogmas preferidos de la economía política de esta época nuestra. Conocimiento y cultura en la mayor cantidad posible – producción y necesidades en la mayor cantidad posible–, felicidad en la mayor cantidad posible: esa es la fórmula poco más o menos. En este caso vemos que el objetivo último de la cultura es la utilidad, o, más

² El material bibliográfico de Aristóteles que se empleó para este trabajo toma como base las traducciones de Manuela García Valdés de *La política* y la *Ética nicomaquea* realizadas para editorial Gredos; sin embargo, para fines de confrontación se recurrió también a las traducciones de Antonio Gómez Robledo, ediciones retomadas de Porrúa y UNAM.

concretamente, la ganancia, un beneficio en dinero que sea el mayor posible [...] Por eso, el auténtico problema de la cultura consistiría en educar a cuantos hombres ‘corrientes’ posibles, en el sentido en que se llama ‘corriente’ a una moneda.

Concretamente, Nietzsche encuentra que, dentro de los derroteros de la modernidad capitalista, entendida no sólo como una etapa, sino como una cultura que se sustenta en un *ethos* específicamente económico, la felicidad está relacionada con la utilidad, el beneficio: producción y necesidades. En este sentido, la felicidad se convierte en parte de la producción de oferta y de necesidades. Hay una carga de sentido material, pero este es supeditado a la culminación de una meta en beneficio de goces particulares, más que a las posibilidades intrínsecas del ser. Acumulamos conocimiento, no para habitar una vida teórica que nos permita la felicidad ontológica, sino porque de esa manera acumulamos felicidad. La felicidad es separada de su brecha ontológica, para ser conducida a una brecha material que está regida por la satisfacción individual utilitaria.

Este giro utilitario de la felicidad va a dar sentido a la educación. Porque como dice Nietzsche (2000, pág. 53):

Cuantos más numerosos sean dichos hombres corrientes, tanto más feliz será un pueblo. Y el fin de las escuelas modernas deberá ser precisamente éste: hacer progresar a cada individuo en la medida en que su naturaleza le permite llegar a ser “corriente”, desarrollar a todos los individuos de tal modo, que a partir de su cantidad de conocimiento y de saber obtengan la mayor cantidad posible de felicidad y de ganancia. Todo el mundo deberá estar en condiciones de valorarse con precisión a sí mismo, deberá saber cuánto puede pretender de la vida. La “alianza” entre inteligencia y posesión, apoyada en esas ideas, se presenta incluso como una exigencia moral.

En esta línea, la estrategia no es difícil de vislumbrar, tal como lo explica Pablo González Casanova (2007, pág. 12), la educación que arranca en la época de Nietzsche, trae consigo una consumación de la negación ontológica de la educación, porque equivale a hacer una “reducción de los estudiantes a objetos ignorantes de la historia, de la política y de las ciencias vinculadas al humanismo”. Esta reducción, dice González Casanova (2007, pág. 12) también obedecerá: “...a un mundo en que ‘el complejo militar-industrial’ y corporativo, con sus asociados

y subalternos, regulará la represión y la negociación para una gobernabilidad en que los pueblos sujetos muestren ser ‘responsables’ y ‘razonables’ o con ‘opciones razonables’ que los lleven a aceptar como suyos los objetivos de los que ‘mandan’.” De esta forma, lo que está en el fondo, es, como dice José Gimeno Sacristán (2009, pág. 9), “la expresión de la capacidad que los poderes y burocracias tienen para uniformar las maneras de ver y de pensar en función de determinados intereses”. Sacristán lo dice en referencia, precisamente, a los modelos neoliberales, mismos de los que habla González Casanova, y que tienen como raíz el contexto descrito por Nietzsche. La escuela actual, viene de la mano con este contexto, la felicidad es vista como acumulación, como una forma material de dar sentido a los goces particulares, pero, en ese dar sentido, cabe asumir al ser humano, a partir de una desmesura ontológica, tal como lo ha dicho Antonio Negri (2002). La felicidad podría leerse, en la actualidad, más que como un acto con expresión ontológica, como una desmesura ontológica. Sumidos en las burocracias existenciales, marcados por la idea de acumulación consumista material, vaciados de sentido, gobernados, regulados y controlados, la felicidad es vista más como un excedente de existencia, que, como acto de vida, acto con sentido vivencial. No se trata, entonces, sólo de la privación ontológica (como en González Casanova y Gimeno Sacristán), sino de una desmesura: la extravagancia del consumo, del éxito, de la satisfacción inmediata, de la sobrevaloración de la ganancia, la programación de las conductas, la regulación de los saberes en la tecnología de la información y control de contenidos mediáticos, pero al mismo tiempo, la elaboración de una sobreproducción de experiencias mediáticas. Podría, decirse, que la actualidad está atravesada para un sector de la población humana, por una privación ontológica y, para otra, por una desmesura ontológica. Las limitaciones de la felicidad pueden oscilar entre estos polos.

La felicidad

La reflexión que se quiere proponer tiene como eje la felicidad. El tema podría antojarse imposible; sin embargo, se piensa más bien, en este trabajo, en la felicidad de la experiencia clásica. Por lo tanto, no se habla de un concepto vaciado de esencialidad, sino de una elaboración viva, compleja, pero sobre todo de una experiencia ontológica intrínseca al ser que es la felicidad. La felicidad es

entendida, por lo tanto, como un bien; pero este bien, no es un concepto instrumental o material, más bien es *érgon* (ἐργον): actividad, trabajo, proyecto. Desde Aristóteles (1988), se entiende a la felicidad como posible, como aquello evidente que todos buscan. El sentido humano estaba referido a ella. El bien que la felicidad nos ofrece es la posibilidad, como dice Tomás Alvira, *et. al.* (2001, p. 129), de “ser según [nuestra] naturaleza”, no desde la apertura física-positiva, sino que esta naturaleza se expresa desde una orientación antológica: “ser, vivir, actuar, saber...”. La felicidad se formaliza, entonces, en los hábitos, mismos que en su amplitud se concretarán en virtudes. Se trata de situarse en una felicidad que tiene como camino existencial la vida activa, basada en su vivencia intelectual, pero también en una vida que se afina en la práctica moral (Aristóteles, 1988). Se habita, entonces, desde una *philergia* (amor al trabajo), que atraviesa toda obra humana, forma que integra todos los acontecimientos, la interioridad que se impone a sí misma, dirigir sus prácticas hacia la mediación entre el amor por las cosas menudas (aquello que necesitamos para vivir) y el mundo en su más compleja dimensión.

Por esta razón, la felicidad que se propone no es sólo de carácter intelectual, como en Aristóteles, es, mejor dicho, una felicidad lógica/mítica. El sujeto en términos ontológicos no establece formas de pensamiento unidimensional (racionalidad científica y económica, secular o neo/secular), sino que nace de formas integrativas dentro un cosmos que lo sujeta por medio de lazos tanto racionales, como míticos (simbólicos) para conocer ese cosmos. Esto que se escribe, intenta ofrecer unos principios hacia la educación para la felicidad que den una explicación de los modos ontológicos de ese “apesadumbrado fantasma de nadas conjeturales [...]”. Su testimonio del no ser, su testigo del acto inocente de nacer, va saltando de la barca a una concepción del mundo como imagen. La imagen como un absoluto, la imagen que se sabe imagen, la imagen como la última de las historias posibles” (Lezama Lima, José, 1953, pág. 151). Porque, en definitiva, como afirma Juan Nuño (1988, pág. 29):

Mediante el mito aprovecha el hombre el escenario físico en que se mueve y vive para socializarlo [cursivas en el original], esto es para comprenderlo a través del recurso de proyectar sobre un fondo de irrealidad (de imaginaria existencia), problemas, valores y relaciones del orden humano. Con ello procede simultáneamente a naturalizar la estructura social a través de una

visión regular, ordenada y cíclica de aquella, bien como proceso de fuerzas personalizadas (mito propiamente tal: dioses), bien como resultado de una constitución impersonalizada de la sociedad a partir de fuerzas primarias (cosmogonías de toda índole).

Esta presencia del pensamiento lógico/simbólico es, en última instancia, fuente ontológica, pero también epistemológica, como lo explica Blanca Solares (2008, p. 18): “El ser humano se expresa ‘al mismo tiempo y de forma inseparable’ a través de la palabra, es decir, *mythos* y logos, imagen y concepto, imaginación y abstracción”. Dicho esto, entonces, la felicidad que se propone es acudir a este humano en toda su amplitud, sobre la base de su irradiación, su posibilidad. El humano es la expresión de una inteligencia sentiente (Xabier Zubiri, 2004) que lo arroja. Esa felicidad consiste en permitir que esa naturaleza ontológica sin limitantes expresivas sea acto en todos. Y, al mismo tiempo el sujeto es lógico, porque como dijo Edith Stein (2017, pág.3): “Con ‘logos’ nos referimos por un lado a un orden objetivo de los entes”, mismo que se manifiesta en una suerte de expresión expansiva del ser; porque, además, nos dice la misma filósofa, se alude a “una concepción viva en el hombre de este orden, que le permite conducirse en su praxis con arreglo al mismo (es decir son ‘sentido’)”.

En definitiva, la educación para la felicidad pasa por ser una propuesta que tiene sus bases en la ampliación completa del ser en toda su naturaleza (actualizable), el ser en tanto que puede manifestarse en potencialidad, pero que dentro de *la actualidad medusaria* que vivimos, es negado, es arrinconado en “nadas conjeturales”. Urge, ante la apuesta no esencial proyectada desde la modernidad occidental (Touraine, 2002), que se vindique la bondad, la felicidad y la belleza, como elementos constitutivos de la naturaleza ontológica de la humanidad.

La actualidad *medusaria*

Se viven las experiencias actuales como un vacío, despojadas de esencialidad, afincadas las prácticas en meros procesos instrumentales, artificiales (Lipovetsky, 2004; 2006), en donde la experiencia unidimensional del sujeto es la expresión económica. Sin embargo, el hombre unidimensional descrito por H. Marcuse (1994), no es sólo la expresión de un sistema económico que encuentra en la instrumentalización de los actos su expresión definitiva. Vivimos una actualidad

medusaria que atraviesa todas las esferas que este sistema económico arroja. Los sujetos son cosificados en la medida en que se proyectan sobre ellos, como dice Iván Illich (2006, p. 61) las manipulaciones de “un aparato burocrático que ha impuesto un monopolio sobre la imaginación de los consumidores en potencia”. Los valores y normas que sustenta la cultura occidental, con sus propias herramientas para explicar sus procesos cognitivos, es en última instancia la medida cognitiva convencional de todas las cosas. De esta forma, las personas están circunscritas a las experiencias propias de una cultura capitalista que promueve, bajo sus propias burocracias una forma de ser estandarizada. Se entiende “cultura”, a la manera de Cornelius Castoriadis (1987, p. 12) como: “[un] conjunto de normas y de valores, como forma de socialización y de vida cultural, como tipo histórico-social de los individuos, como significado de la relación de la colectividad consigo misma, con aquellos que la componen, con el tiempo y sus propias obras”. Así, en la actualidad *medusaria* cabe asumir todo como innombrable (Roberto Calasso), se trata de esa “sensación” de no saber dónde se pisa a cada momento. Todo se desvanece: las esperanzas, las certidumbres. Desde esa racionalidad ilustrada que nos llevó a las masacres étnicas del siglo XX, bajo los conceptos sin esencia de igual, fraternidad y libertad, en la que toda apuesta que no está afincada en la experiencia físico-positiva de la razón instrumental, queda fuera de lo técnicamente posible, la experiencia humana queda reducida a la expresión de un aparato burocrático de diversión, confort y distracción, en la cual el esclavo comparte su condición de sujeción a partir de limitar su existencia, su naturaleza ontológica se convierte en vivencia medible, regulable y gobernable, por un sistema que controla casi todo. Es en el fondo, una falta ontológica del sujeto, ya que como dice Catherine Chaliel (2002, p. 7): “la crisis del sujeto, abierta por la suspicacia moderna ante la metafísica, hace que el hombre pierda toda certeza de su ser”.

Se ha perdido la certeza metafísica. Ahora, bajo la miseria existencial de una racionalidad extrema, los sujetos historizados hasta el máximo, buscan la expresión de una cierta nostalgia, que se expresa en esta sociedad secular que los constriñe. Se asume, entonces, una búsqueda profunda del ser, acudir a su recuperación, para que así, aquello que se ha negado, la posibilidad lógico-simbólica sentiente del ser humano, no sea relegada, de nuevo, al gabinete arqueológico de la humanidad.

Aspectos didácticos

Dice Aristóteles en su *Política* (1988, pág. 197): “Todas las ciencias y todas las artes exigen, si han de dar buenos resultados, nociones previas y hábitos previos. Lo mismo sucede con el ejercicio de la virtud.” Si en general, se entiende que una virtud se ejercita, esto nos lleva a identificar que entonces el medio (virtud) que nos conducen a la felicidad, en los términos descritos al principio de este trabajo, pueden ser ejercitados (enseñados-practicados). En este mismo sentido, dice Aristóteles (1988, pág. 188): “en lo que respecta a la vida buena serían principalmente justificadas la educación y la virtud”. La educación en relación a la felicidad, estaría relacionada con la ejercitación de hábitos y costumbres; el ser humano es un ser de hábitos. La felicidad no es un estado alcanzable, es, en todo caso, expresión ontológica. La educación, por tanto, siguiendo esta fórmula, estaría llamada a fortalecer aspectos que son intrínsecos en los seres humanos. El aprendizaje es una de las regiones más significativas de los seres humanos; pero, si no se tiene un andamiaje previo, la expresión ontológica referida a nuestra posibilidad intelectual no encontraría una manifestación plena. Sería, en todo caso, la expresión de una privación. De esta forma, los elementos didácticos de la educación para la felicidad están vinculados a la puesta en marcha de hábitos de formación.

Los hábitos son el preliminar a todo conocimiento. Se trata de colocar las piedras que darán forma a la casa en que habitará la expresión ontológica de la felicidad. Si entendemos que la felicidad no es otra cosa que ser, entonces, esta educación está dirigida hacia esa finalidad. Ser, desde la perspectiva aristotélica, no conlleva el simple movimiento, no se trata de la existencia en su manifestación sin más; ser, es ser intencionado. Por tal, la educación, por medio de las estructuras formativas de los hábitos es la que posibilita una ruta hacia la felicidad. Misma que se entiende como una existencia con intención. Obrar, es acción con sentido. De esta forma, los hábitos son la base que antecede a toda expresión ontológica de la felicidad.

Cierre

Se colocan estas notas preliminares como un posible punto de referencia. Si hemos de creer a Theodor Adorno y Max Horkheimer (1998), hay una franca apuesta por negar al hombre antiguo desde la ilustración, misma que inicia desde el racionalismo científico del renacimiento, hasta la industrialización del confort capitalista, que establece un rompimiento con cualquier expresión metafísica, en la cual los pilares del ser fueron derrocados. Sin embargo, el ser humano tiene una cierta nostalgia del absoluto (Steiner, 2001). Su búsqueda de sentido lo lleva hacia experiencias cada vez más extravagantes. Las expresiones extremas de las religiones monoteístas (cristianismo, judaísmo e islamismo); la pornografía burocrática anglosajona; las prácticas religiosas de carácter económico traídas de oriente (budismo, taoísmo, meditación, artes marciales); la búsqueda de agrupaciones agrarias (ciertas utopías cooperativistas como los menonitas o los kibutz judíos); en fin, las expresiones lógico-simbólicas sentientes del ser humano pugnan por salir. La educación de la felicidad es la educación de la naturaleza ontológica del ser humano en su amplitud. Se trata de acudir al ser en toda su expresión: vivir, actuar, saber, en suma, estar en el mundo. Posibilitar ese apetito humano por vivir es la finalidad que atraviesa toda la educación.



Referencias

- Adorno, T.; Horkheimer, M. (1998). *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*. Madrid: Trotta.
- Aristóteles (1988). *Ética nicomáquea*. España: Gredos.
- _____. (1988). *Política*. España: Gredos.
- _____. (2016). *Ética nicomáquea*. México: Porrúa.
- _____. (2016). *Política*. México: Porrúa.
- _____. (2012). *Ética nicomáquea*. México: UNAM.
- Alvira, T., et. al. (2001). *Metafísica*. España: Universidad de Navarra.

- Calasso, R. (2017). *La actualidad innombrable*. España: Anagrama.
- Castoriadis, C. (1987). Transformación social y creación cultural. *Vuelta*. (127), 12-19.
- Chalier, C. (2001). *Por una moral más allá del saber: Kant y Levinas*. España: Caparrós.
- Dilthey, W. (1978). *El mundo histórico*. México: FCE.
- Grauer, S. (2014). *Happiness as a measurable educational outcome*. Recuperado: 24 de abril de 2021.
<https://www.smartbrief.com/original/2014/01/happiness-measurable-educational-outcome#.UtXmZRzhz4.scoopit>
- Gimeno Sacristán, J. (2009). *Educación por competencias ¿qué hay de nuevo?* España: Morata.
- González Casanova, P. (2007). *La universidad necesaria en el siglo XXI*. México: Era.
- Lezama Lima, J. (1953). Las imágenes posibles. *Analecta del reloj*. La Habana: Orígenes.
- Lipovetsky, G. (2004). *El imperio de lo efímero*. España: Anagrama.
- _____. (2006). *La era del vacío*. España: Anagrama.
- Negri, A. (2003). *Job: la fuerza del esclavo*. España: Paidós.
- Nietzsche, F. (2000). *Sobre el porvenir de nuestras escuelas*. España: Tusquets.
- Nuño, J. (1988). *El pensamiento de Platón*. México: FCE.
- Touraine, A. (2002). *Crítica de la modernidad*. México: FCE.
- Solares, B. (2008). *La aventura logomítica o la gramática de la esperanza. Lluís Duch, antropología simbólica y corporeidad cotidiana*. México: UNAM.
- Stein, E. (2017). *La estructura de la persona humana*. España: BAC.
- Steiner, G. (2001). *Nostalgia del absoluto*. España: Siruela.
- Zubiri, X. (2004). *Inteligencia sentiente*. España: Tecnos.

Artículo recibido:

15 de enero de 2021

Dictaminado:

17 de abril de 2021

Aceptado:

26 de mayo de 2021